

COMIENZO Y OBJETIVO DE LA SOCIOLOGÍA

Si interpretáramos etimológicamente la palabra sociología, llegaríamos a descubrir que se designa con ella la doctrina referente a las relaciones mantenidas entre las comunidades humanas. El que estudia "sociología" quiere, por tanto, esclarecer la naturaleza de las relaciones del hombre con todos aquellos a quienes le unen vínculos de convivencia, ya se trate de las de índole familiar que sostiene el padre con sus hijos; de las propias de una colectividad que usa el mismo idioma; de las más delicadas establecidas dentro de una comunidad cultural, o de las existentes entre los miembros de una sociedad comercial. A esto nos conduciría un examen de la palabra exclusivamente lingüístico. Pero no siempre reciben por este mismo camino las palabras, además, una acepción técnica. Unas veces el azar, otras la intención del creador del término, otorgan, con frecuencia, al vocablo un sentido que no siempre se averigua, gracias a inducciones meramente lingüísticas. Así ocurre con la expresión "sociología". El investigador que encontró la palabra y la dió curso científico, Augusto Comte, quiso decir con ella algo específico. No la empleó desde un principio. Originariamente denominaba "physique sociale" lo que después llama sociología. Aquel término ofrece una representación exacta del sistema que él quería presentar al mundo científico y al que, posteriormente, tituló sociología. No descaba exponer esencialmente una doctrina acerca de las relaciones existentes en las colectividades humanas; sabía cómo, antes que a él, ya había preocupado este asunto. Por otra parte, tampoco le interesaba, con preferencia, por sí mismo el estudio de las rela-

ciones sociales. Su intención fué, más bien, averiguar la analogía existente entre las relaciones de la sociedad y las propias del mundo de la naturaleza, para explicar aquéllas sobre el patrón de éstas y hacer de ello el asunto de su "physique sociale".

Además de esto, en mayor grado que una aguda observación de las relaciones que unen entre sí a los miembros de una colectividad, o de las existentes entre los innumerables sujetos de la comunidad humana, le interesaba, sobre todo, la evolución de la sociedad misma en su conjunto. Dos teorías prevalecían en su escrito: la de la clasificación de las ciencias y la de los tres estadios que la humanidad recorre en su marcha ascendente: el teológico, el metafísico y el positivista. Esta teoría de los estadios o fases —una teoría de la evolución—, le interesaba mucho más que el análisis de las relaciones entre los individuos y sus grupos, o de las existentes entre el Estado y la sociedad, problemas que más bien descuidó.

Los partidarios de Comte llaman predecesores suyos a Condorcet, que ya consideró a la historia con ojos de naturalista y, más aún, a Saint Simon, el que igualmente, y en muy diversos sentidos, le estimuló para formular su teoría de los estadios. El mismo Comte ensalza a ambos en este respecto, aunque la construcción del sistema que aquí hemos de estudiar sea obra exclusivamente suya.

En contradicción manifiesta con los que piensan que Comte constituye la cumbre en lo que a la historia de la investigación de las relaciones sociales se refiere, representamos el punto de vista de que, desde luego, tiene que ser mencionado en la historia de este asunto, pero no como su caudillo más preeminente sino tan sólo como jefe de una rama en estas investigaciones. Ya hemos indicado antes que no le atraía, singularmente, el nervio de este problema, y cómo con anterioridad a él había sido analizado lo fundamental de las relaciones humanas en cuanto doctrina, con métodos más exactos y con más fecundos rendimientos que los empleados y obtenidos por Comte.

Ya al iniciarse el estudio científico se puso atención en las relaciones del individuo con la comunidad. Dentro de la filosofía griega, reduciéndose en lo esencial al estudio de las relaciones con el Estado; en la Edad Media se agrega además el de la

comunidad religiosa y la Iglesia. No es posible aquí penetrar en la exposición de este proceso, que por sí solo constituye un asunto aparte y hemos de anotar, nada más, que en el siglo XVIII se despierta una afición particular al estudio de las relaciones sociales y que las teorías entonces florecientes se distinguen por una señalada parcialidad individualista.

En campo absolutamente distinto prende la doctrina social propia del romanticismo. Con más insistencia que nunca se acentúa por él la importancia de las relaciones del individuo con la colectividad. Se amplía, además, el concepto de ésta; ya no se atiende exclusivamente al Estado y a la Iglesia, se destierra el parcial análisis individualista y se estima sobre un mismo plano al individuo y a la comunidad, hasta lograr para ambos entonces, y sólo a partir del romanticismo, la adecuada consideración autónoma.

El lema del romanticismo es el *Volksgeist*. Representa la concepción de que los diversos aspectos de la cultura de un pueblo son manifestaciones de su espíritu y que el individuo lleva en sí los rasgos de su pueblo. Con ello se erige al pueblo, entre innumerables colectividades, como el más amplio representante, pensando que todas aquéllas tienen a su vez un punto central de referencia en su espíritu, el que refleja las diferentes exteriorizaciones de la comunidad y con el que se mantienen en la más activa conexión todos sus miembros integrantes. La comunidad puede ser la nación, un sector determinado o una clase de naturaleza diversa: como los caballeros, o un gremio, o una colectividad espiritual completamente libre. Por comunidad entendemos en este sentido algo que nos representamos como perfecto en sí mismo, algo orgánico, no una reunión artificiosa, no un conglomerado obtenido por adiciones o yuxtaposiciones. El mismo romanticismo que enseña la dependencia en que se encuentra el individuo ante el *Volksgeist*, ante la comunidad, estudia también al individuo propiamente dicho y descubre lo característico de su personalidad.

El romanticismo destaca en la lucha contra la Enciclopedia, contra su punto de vista atomístico, individualista; contra el aislamiento en que, dentro de aquélla, aparecen los fenómenos propios de la sociedad y las personas, sus componentes. Ya en

tiempos de la Enciclopedia y entre militantes suyos, sobre todo en Herder, no obstante su modo de pensar racionalista, puede reconocerse un precursor de importancia decisiva en la exploración del camino seguido por el romanticismo. Estos momentos de transición no pueden hacernos olvidar que el romanticismo representa una reacción decisiva contra la Enciclopedia. Intermediarios pueden descubrirse en todas partes, aun entre actitudes de una enemistad radical. La posición histórica del romanticismo se explica como la del movimiento espiritual más fuerte entre los que disolvieron la Enciclopedia.

Desde luego que no triunfó sobre ella inmediatamente y por completo; por lo pronto logra sólo predominar, persistiendo junto a él residuos enciclopedistas que en el curso del tiempo, en gran parte apoyándose en circunstancias exteriores, llegaron en ocasiones a reconstituírse. Ocasionalmente, hasta en el siglo XIX llega a formularse el principio atomista de la Enciclopedia en forma más tosca y unilateral, y adquiere manifestaciones prácticas, por lo que con justicia se ha dicho que Adam Smith no procede de una manera tan parcial en la interpretación de las relaciones sociales como los manchesterianos, sus prosélitos del siglo XIX. Hámos de hablar aún con más calma de tales reacciones de la Enciclopedia; ellas no nos impedirán, en ningún caso, reconocer los progresos científicos logrados por el romanticismo.

Este tenía la tendencia a acentuar el valor de la comunidad en general, y sobre todo, de la que revela su propio devenir y crecimiento; defendió la idea de la totalidad íntimamente ligada en lo esencial, en oposición a los conglomerados mecánicamente obtenidos, a las construcciones artificiosas, a las uniones contractuales. Se opuso a la interpretación naturalista de la Enciclopedia, al estudio de las relaciones sociales conforme al criterio de su analogía con las existentes en el reino de la naturaleza. Igualmente combatió la creencia de que estuvieran aquéllas sometidas a leyes naturales; la representación de las mismas propia del atomismo, y la opinión concordante de la vida práctica, según la cual, los fenómenos sociales pueden ser explicados y contruídos atomísticamente, y que todas las formaciones colectivas: el Estado, o creaciones conscientes del tipo de una

sociedad anónima, pueden salir de la nada y explicarse de este modo. Frente a estas concepciones representa el romanticismo la teoría organicista, la doctrina natural del Estado y la idea de que las sanas formaciones sociales no se construyen desde fuera sino que crecen, y que el Estado, el derecho, la moralidad, las costumbres, la poesía y el arte de un pueblo son otras tantas exteriorizaciones que fielmente reflejan el espíritu del mismo.

En apariencia, fué esta concepción "orgánica" también una modalidad de la analogía con las ciencias naturales, empleada para explicar las formaciones sociales. Sin embargo, la intención de los románticos fué la de combatir toda acepción y todo estudio de los fenómenos sociales, sirviéndose de los atomistas, individualistas y otros cualesquiera de las ciencias naturales, de la física o de la química. Entre el concepto de la naturaleza que tuvo la Enciclopedia y el del romanticismo median diferencias esenciales. "El concepto abstracto de la naturaleza propio de la Enciclopedia, representado especialmente por Rousseau y los fisiócratas, abstracto por dos razones: en cuanto, primero, prescinde de la fusión orgánica de los hombres, con su contorno social y político *verdaderamente* natural, y segundo, en cuanto aspira a averiguar, mediante una especulación y una construcción racionalistas, lo que es la "naturaleza", haciendo del llamado derecho natural un puro derecho racional sin tener para nada en cuenta la realidad, se ve desalojado por un nuevo concepto de la naturaleza, prendido concreta e inmediatamente en la "vida" misma, la que a su vez no ve en aquel racionalismo, con su pretendida "naturalidad", otra cosa más que una "metafísica", ajena, por consiguiente, a todo lo natural; una opresión de la naturaleza llevada a cabo, artísticamente, por la razón. Este nuevo concepto de la naturaleza por principios se opone a toda racionalización de lo irracional; quiere, al contrario, cultivar esto; de aquí su acentuación de lo inconsciente, de lo instintivo, en oposición a lo personalmente consciente en el hombre. Aspira a sorprender la vida real en toda su plenitud, en su unidad y en su conjunto, en su "totalidad": de aquí que se aparte de aquellas escisiones antinaturales que, faltas de comprensión, conceptualmente desgarran la interdependencia orgánica. El nuevo concepto de la naturaleza, con plena conciencia, tiene una dirección irracional,

anterracional, podría decirse. Aparece el concepto de la naturaleza como algo histórico, el de la historia como algo natural¹. Así se da el caso de que en nombre de la naturaleza se hayan levantado protestas contra el estudio de las formaciones sociales, con arreglo a analogías tomadas de las ciencias naturales. Así también Enrique Leo ha escrito una "doctrina natural del Estado", dentro del romanticismo, en la que combate la concepción atomista mecánica, la construcción del Estado conforme al derecho natural, llegando a ser el creador del término "*naturwüchsig*", en su lucha contra aquella doctrina.

No siempre llegaron a trazar los románticos en forma terminante los límites existentes entre su concepción de la naturaleza y la propia de las ciencias naturales, que llamaríamos la vulgar. No era fácil establecer un corte preciso entre ambas. Se aventuraba en el intento una transgresión de límites y con ello caer de la naturaleza vista históricamente o de la historia vista a través de la naturaleza, en el naturalismo. La concepción orgánica se ha transformado, dentro de los círculos románticos, en una versión naturalista. Sin embargo, claramente se observa que la intención de los románticos se pronuncia en absoluto contra el naturalismo de la Enciclopedia, tanto en lo referente a su doctrina del derecho natural, como en todo lo restante, y a ello contrapusieron la teoría orgánica, así como entre ellos y sus continuadores se ha encarecido siempre de nuevo la reserva que impone el uso de la palabra *órgano* y otros términos análogos.

Sólo mediante un progreso paulatino ha llegado el romanticismo a elevar sus construcciones. Sintetizamos aquí, dentro de la concepción romántica, todo lo que puede atribuirse a la misma. Siempre de nuevo se emite la equivocada creencia de que no pasó de ser en sus comienzos un mero subjetivismo y que sólo más tarde destaca en primer término la dependencia de las fuerzas generales; pero como en recientes estudios se ha expuesto, sin ser refutado, ya en los comienzos del romanticismo pueden reconocerse las concepciones descritas, sin que sea posible observar otra cosa que un predominio gradual de uno o de otro momento.

1 *Historische Zeitschrift*. Tomo 120, págs. 496 y siguientes.

Los méritos del romanticismo que hemos descrito hasta ahora no han dejado de tener impugnadores. Es asunto de una polémica muy sostenida averiguar en qué medida corresponde una parte de aquéllos a otras corrientes espirituales. Se discute, también, hasta qué punto alguno de los investigadores que se ha hecho acreedor a ellos puede ser incluido entre los románticos, y, por el contrario, qué méritos habrían de reconocerse a investigadores no románticos. Cuando se aspira a resolver cómo llegó a ser superada la Enciclopedia, se plantea a su vez el problema de averiguar qué otros círculos, junto al romanticismo, salieron victoriosos en esta campaña. Mucho espacio queda por ocupar en esta contienda; pero puede ya hoy proclamarse que la mayor parte de la empresa hay que adjudicársela a los románticos. Y aun cuando las opiniones discrepen sobre la parte que ha correspondido a otras direcciones en la fundamentación doctrinal de la historia, es lo cierto que el romanticismo, con su pensamiento acerca de la interdependencia en que el individuo se encuentra frente a la colectividad a que pertenece, superaron en absoluto, en este punto, las ideas de la Enciclopedia, en mayor medida que el mismo Hegel quiere; por lo demás, acusa en su obra un manifiesto paralelismo con la escuela romántica.

En los comienzos del siglo XIX se constituyen autónomas las ciencias culturales o del espíritu sobre su fundamentación general, frente a las ciencias de la naturaleza, con su desmembración en disciplinas especiales. En todas ellas encontramos el pensamiento directivo de la dependencia del individuo ante las fuerzas generales. El concepto del *Volksggeist* vive y reina en las disciplinas históricas particulares que entonces surgen. Tanto puede observarse esto en la escuela histórica del derecho, en la que su jefe Savigny representa un ejemplo clásico de la estimación del espíritu del pueblo, en cuanto teoría, como en la filología, en la que un maestro del porte de J. Grimm da curso al mismo pensamiento, y lo mismo en la historia política que en la historia del arte. El brote más reciente de esta floración fué la escuela histórica de la economía política que procede directamente de la escuela histórica del derecho. En todas estas creencias se procede "sociológicamente" al plantear el problema de

la relación existente entre el individuo y la generalidad, en unánime oposición al ideario individualista del siglo XVIII.

La concepción romántica de las relaciones entre individuo y colectividad las he descrito recientemente². Han tratado detenidamente del tema, hace muy poco, P. Kluchhohn³ y R. Samuel⁴. En estos escritos se insiste, también, en que la concepción aludida no está exclusivamente representada en los últimos tiempos del romanticismo.

A los representantes de aquellas disciplinas particulares se deben considerables aportaciones dirigidas a explicar las relaciones de la comunidad. Si ha llegado hoy a ser una idea familiar el reconocimiento en el individuo de un eslabón de la colectividad, es cosa debida al romanticismo y a las disciplinas desarrolladas partiendo de él, a la teoría del *Volksgeist* en sus diferentes manifestaciones y modalidades.

Aquellas disciplinas particulares conservan su primera estructura durante gran parte del siglo XIX, sufren diferentes ataques, se atienen a las nuevas circunstancias de la época y al nuevo planteamiento de los problemas, pero en su esencia se mantienen, hasta nuestros días, con una tradición imprescriptible.

Sus representantes ni una sola vez se manifestaron como "sociólogos" sino tan sólo como juristas, filólogos, historiadores, etc. Su labor "sociológica" aventaja con mucho a la de aquellos autores que con suficiencia se denominan "sociólogos". La obra publicada en años pasados por un historiador del derecho, R. Hüfner, su *Deutsche Privatrecht* (4.^a ed., 1922) se tiene por una "obra maestra sociológica", dándose el caso de que su autor nunca ha pensado en figurar como "sociólogo". Ejemplos semejantes abundan, y sirven para probar que dentro del cuadro

² Véase *Deutschen Geschichtschreibung von den Befreiungskriegen bis zu unseren Tagen* (2.^a ed., 1921); *Wesen und Ausbreitung der Romantik* (Apéndice a los *Historischen Periodisierungen*, 1923) y también *Zum Streit um das Wesen des Sociologie; Jahrbücher für Nationalökonomie*, 1926, páginas 1 y siguientes.

³ *Personlichkeit und Gemeinschaft, Studien zur Staatsauffassung der deutsche Romantik*, 1925.

⁴ *Die poetische Staats- und Geschichts auffassung Fredrich v. Hardenbers (Novalis)*, 1925.

antiguo de las ciencias podrán tener cabida todos los puntos de vista sociológicos y la tuvieron, con evidente acierto.

En los tiempos en que las disciplinas particulares se encontraban en fecundo desarrollo publicó A. Comte su sistema. Había ya gustado los frutos de aquéllas; expresamente muestra su gratitud, con particularidad, por la escuela histórica del derecho. Una afinidad manifiesta acusa con ésta en cuanto uno y otra acentúan la dependencia en que el individuo se encuentra ante las fuerzas generales. Pero la línea directa del desarrollo de Comte no arranca del romanticismo; prolonga más bien el ensayo (de Saint Simon, Condorcet, y antes que ellos de Turgot), que pretende explicar las relaciones sociales ateniéndose a fórmulas propias de la ciencia de la naturaleza.

Ya lo antedicho muestra lo erróneo de la creencia de los que perciben sólo a partir de Comte el estudio científico de las relaciones sociales. Comte, lejos de ser el iniciador de este movimiento, no pasa de ser un ave dañina que anida en un árbol frondoso. Si se escribiese una historia de la ciencia de la sociedad no procedería eliminarle de ella —también las manifestaciones ingratas se registran en la historia de la literatura—, pero tendría que ser considerado como un acontecimiento subalterno. Lejos de deberse a él progreso alguno en el orden científico, sólo se le podría reconocer el mérito de haber suscitado fecundas rectificaciones.

Su objetivo, ya mencionado, estudiar las relaciones sociales bajo el ángulo visual del naturalista, le colocó en el camino más a propósito para interpretar desacertadamente las relaciones y los movimientos sociales. No encontramos en Comte otros pensamientos utilizables que los derivados del romanticismo.

Doctrinas perfectamente conocidas para los románticos fueron, por ejemplo, su crítica de la Enciclopedia al proceder en forma tal que aísla una parte de la vida social de la otra, o su representación orgánica, con sus recíprocas interdependencias, aducida en contra de la escuela individualista. Cuando Comte, en este sentido, se aleja de la Enciclopedia, aspira a emplear la lógica orientada en las ciencias naturales para el análisis de las relaciones históricosociales y esclarecerlas partiendo de un evolucionismo sujeto a leyes, cuyo descubrimiento cree que ha de ser-

virle para prever el futuro. Se podría, además, descubrir en él alguna afinidad con la Enciclopedia en cuanto muestra cierto embarazo intelectualista, que no le permite desplegar una filosofía superior a la de una escuela politécnica. Pero, ante todo, dentro de nuestra zona tenemos que insistir en que de sus doctrinas no destacan a un primer plano los problemas propios de una ciencia de la sociedad, de una "sociología".

Un investigador que se llama a sí mismo sociólogo y más propicio que yo para hacer concesiones a una sociología orientada hacia las ciencias naturales, L. v. Wiese ha emitido estas significativas palabras: "Comte en lo esencial apenas puede ser tenido por sociólogo, en sentido moderno. La actual doctrina de la sociedad guarda con la obra de este "inventor de la sociología", poco contacto". Por "consideraciones finalistas" quiere Wiese datar la sociología como ciencia a partir de Comte, porque él la proporcionó su nombre (mal formado) y porque fué "el primero en establecer el programa que considera ahora la sociedad —primeramente estudiada como una sustancia independiente— como a un objeto de investigación sistemática". Por el contrario, pensamos que si el nombre no es decisivo para la fundamentación de una ciencia, ya en el siglo XVIII, además, la sociedad había sido objeto de investigaciones científicas. En oposición a Comte, en la literatura romántica misma encontramos en esencia todo lo que se denomina hoy sociología.

Por lo pronto nos referimos a la modalidad sociológica del pensamiento, esto es, a la inclinación a referir las actividades y las creaciones humanas a sus relaciones con lo colectivo que se exteriorizan en el sujeto. Puede, además, hablarse también aquí de un método sociológico trazado fundamentalmente por el investigador. Método que si ha de dirigirse a descifrar las relaciones de los hombres con su comunidad y llevar cuenta de su activo y de su pasivo, tiene que sacar su tema de una explicación conceptual de la comunidad, en sus varias manifestaciones. le incumbe, por tanto, investigar qué tipos han de establecerse y si un determinado fenómeno histórico cae dentro de uno o de otro concepto de la comunidad. También el romanticismo prestó su

atención a estos diferentes tipos, diferenciándose de la orientación sociológica naturalista en que estos tipos de la colectividad no le interesaban por sí mismos, sino, tan sólo, en cuanto instrumentos para estimar y describir lo individual, en cuanto emanación de lo colectivo. Al método se une la alta estimación del vínculo social y de las aportaciones culturales obra de la comunidad. De la comunidad en su más amplia acepción, tanto la que en el pasado impulsa o retarda al individuo como la del presente, tanto sus formas jurídicas y contractuales como las manifestaciones ágiles y libres de la comunidad espiritual. En su relación con la comunidad se afirman los derechos del individuo; de esta manera el romanticismo ha descubierto la individualidad. Pero si llegó a adquirir este conocimiento fué tan sólo debido a su concepción de la sociedad como algo espiritual.

De 1830 a 1843 aparece el *Curso de filosofía positiva*, de Comte. Inmediatamente después (1842-1844) publica Federico Rohmer una *Doctrina de los partidos políticos*, donde nos revela una teoría que posteriormente llegó a tener gran importancia en la denominada "Sociología" de los técnicos. Lo fundamental en la doctrina de Rohmer es lo siguiente: así como el Estado sólo puede ser explicado y comprendido partiendo de la naturaleza humana, así también para llegar a conocer los partidos políticos en sus causas naturales, hay que partir de la vida de los hombres. Para llegar a conocer los *cuerpos* del Estado hay que buscar las partes integrantes del alma humana; para comprender la vida del Estado hay que buscar las leyes de su *evolución*. Esta aparece en los *estadios de la vida* de los hombres. La evolución del Estado mismo no es historia, pero los partidos son las "configuraciones autónomas por sí y conjuntamente de las diferentes edades". Los estadios de la vida son las cuatro edades del hombre, expresadas en el infante, el adolescente, el hombre "estable" y el anciano. Con ellas se nos ofrecen los cuatro tipos fundamentales de los partidos. Esta teoría de los cuerpos y de las edades del Estado, de Rohmer, indujo a Bluntschli en sus *Estudios psicológicos sobre el Estado y la Iglesia* (1844) a establecer una comparación verdaderamente grotesca entre las funciones del Estado y las del cuerpo humano. La aparición de Rohmer-Bluntschli representa

un episodio eliminado por un movimiento más amplio que después tiene lugar. Bluntschli fué un prosélito de la escuela histórica del derecho, y le corresponden, en su condición de tal, trabajos de mérito. En cuanto a la comparación naturalista que él y Rohmer llevan a cabo, podría encontrarse en los pensamientos organicistas algún pequeño punto de apoyo, así como Rohmer posteriormente, en su libro *Los cuatro partidos* (1844)⁶, explica casi en forma romántica "el carácter fundamental del radicalismo" como la "inflexión de la vida orgánica bajo el poder ilimitado de la abstracción". Por lo demás, la comparación entre los hombres y el Estado, establecida desde Platón siempre de nuevo, no impera en la concepción de los románticos en la medida que en ambos autores, así que no puede pensarse en considerar cada uno de sus escritos como específicamente románticos. Aquí no podemos ver otra cosa que un empleo abusivo de la antigua comparación.

En 1843 aparece el *Compendio de las lecciones sobre la ciencia del Estado con arreglo al método histórico*; algunos años después le siguen las obras fundamentales de los otros dos fundadores de la escuela histórica de la economía política, B. Hildebrand y C. Knies. Es esta, como se dijo, una rama nueva de la escuela histórica del derecho y pudo utilizar los conocimientos adquiridos por la misma. De una manera inmediata se remonta también hasta el antiguo romanticismo; los nombres de Adam Müller y Federico Liszt representan la trayectoria que le une con él. Lo que se llevó a cabo desde Adam Müller hasta Knies en el orden metodológico para llegar a descartar el aislamiento individualista característico de las especulaciones de A. Smith y sus continuadores más unilaterales rebasa con mucho de las tesis y manifestaciones concretas de Comte. No puede, de ninguna manera, descubrirse influencia alguna suya en aquellos investigadores. Por ser el campo de trabajo de la escuela histórica de la economía política más general que el de todas las otras disciplinas derivadas del romanticismo, fué también mucho mayor la atención que tuvieron que prestar sus representantes a las limitaciones del individuo dentro de la comu-

6 Página 90.

nidad y a su dependencia de las fuerzas generales. Por lo mismo puede considerarse no sólo a Adam Müller, F. List, Roscher, Hildebrand y Knies, sino también al filólogo J. Grimm, al historiador político L. v. Ranke y al historiador del arte Schnaase como grandes "sociólogos" que sobresalen por encima de Comte. También puede citarse aquí el capítulo de introducción de la *Historia de los Estados italianos* (1829), de Enrique Leo, con su penetrante análisis de los tipos sociales, en el que procede destacar una verdadera sociología del italianismo. Emplea Leo el método sociológico en la medida en que aspira a lograr una reducción a conceptos del material histórico.

Si estos filólogos, historiadores del arte, del derecho y de la política, no llegaron en realidad a construir un sistema sociológico, manejaron, sin embargo, el método propio de la sociología, anejo a su punto de vista de la limitación de los individuos dentro de sus colectividades. Con razón se ha emprendido recientemente la reconstrucción de sus puntos de vista generales sobre las relaciones sociales contenidas en sus obras históricas, ofreciéndose en ello una sustitución a la falta de un sistema que no llegaron a dejar desarrollado.

Del mismo tiempo que la escuela histórica de la economía política es la teoría que hace de ésta una ciencia de la sociedad, debida al economista Lorenzo von Stein. Aunque coetáneos, no tienen próximo contacto. Stein es un sistemático sin orientación histórica, aunque apoya sus especulaciones en un tema que la historia le ofrece. Su punto de partida es Hegel y su elevada estimación del Estado. El estudio de las relaciones sociales en Francia le sirvió para la elaboración de la obra ⁷, que aquí hemos de tener en cuenta. En Francia se relacionó con los socialistas franceses. Observa la oposición de las clases dentro de la sociedad y del Estado, hasta llegar a ejercer influencia sobre las dominantes y poder utilizarlas en su propio provecho. Al Estado le atribuye el deber elevado de afirmarse y defender su autonomía frente a tales maniobras, para crear, libre de la dominación de los poderes sociales, un puesto seguro

⁷ *Socialismo y comunismo de la Francia contemporánea, 1842-1850*. Primera redacción bajo el título de *Historia del movimiento social en Francia desde 1789 hasta nuestros días*.

a sus ciudadanos. Para solucionar el tema que esto impone a los políticos recomienda Stein un estudio fundamental de las relaciones sociales, así como piensa que el científico está también obligado a tomar parte en trabajos de semejante índole.

La distinción entre sociedad y Estado no data del tiempo de Stein. La idea de la sociedad como algo especial, con esta o con otra designación, fué, como se ha dicho, cosa corriente desde el siglo XVIII. Cuando los fisiócratas y, siguiéndoles, los manchesterianos pedían que el Estado no interviniese en la regulación de la vida privada, separaban ya Estado y sociedad. Hegel, maestro de Stein, ponía frente a frente la sociedad civil y el Estado, viendo en aquélla más bien la preparación para éste. Los románticos (Adam Müller) describieron los estamentos existentes entre el individuo y el Estado: las corporaciones, los municipios, los "pequeños y muy diversificados círculos sociales", según sus palabras; acentuaron, desde luego, en mayor grado su significación positiva para el Estado que no su antagonismo, ya que con ellos querían edificar éste. En mayor medida aún debe ser tenido en cuenta Niebuhr, en la teoría de Stein, cuando habla de la conveniente aceptación de los estamentos y entre ellos de los plebeyos en el círculo del derecho público del Estado, para realizar de este modo la obra de la comunidad; si bien, por el contrario, significa la oposición entre Estado y sociedad emprendida por Stein, algo completamente nuevo.

Desde otro punto de vista, hay algo en los románticos que ellos encontraron en Stein: criticaron vivamente las desfavorables consecuencias sociales de la libre concurrencia moderna, la evolución económica más reciente, la eliminación del antiguo régimen económico, la desmembración de las antiguas asociaciones y corporaciones. También Hegel combate el "principio de desmembración democrático y aun anarquista", que disuelve a los ciudadanos en una aglomeración de átomos aislados; califica a la "abstracción francesa" de formación de muchedumbres burocráticas. El examen de la desfavorable influencia del desarrollo económico más reciente, sitúa a Stein en la posición de un reformista conservador, en la que también se encuentra V. A. Huber, anterior a él.

La distinción entre Estado y sociedad recibida de von Stein,

es, desde entonces, familiar para nosotros. Mucho ha contribuído a la difusión de esta fórmula R. Gneiss al adoptarla en sus revelaciones históricas sobre el régimen y la administración inglesa, así como en sus proyectos práctico-políticos para emprender la reforma de la administración prusiana. El sentido de la palabra sociedad excede de lo propio de estas relaciones antagónicas. La pobreza de nuestras expresiones técnicas nos obliga a emplearla en un doble sentido: de una parte para designar el conjunto de las relaciones colectivas, con inclusión del Estado; de otra, para denominar todas las relaciones colectivas restantes, excluyéndolo. En cuanto al problema de la diferencia real existente entre el Estado y la sociedad, queda aquí omitido. Obsérvese tan sólo que el Estado, en cuanto representa la forma de agrupación social más extensa, se distingue ya por este máximo de amplitud de las restantes manifestaciones sociales.

El hecho de que con tanta exageración se festeje el manifiesto de los comunistas de 1847, ofrece ocasión especial para recordar los trabajos mencionados acerca de la condicionalidad social de los fenómenos históricos, sirviéndose del método sociológico, emprendidos por las escuelas influenciadas por los románticos. Se repite con frecuencia que la interpretación económica de la historia de Marx y Engels, inaugurada con el *Manifiesto* al despertar un poderoso interés por la historia de la economía, dió vida a una literatura de la historia económica hasta entonces no cultivada. La verdad es, por el contrario, que la época precedente, y ya con mucha anterioridad, produjo en la historia de la economía las más diversas manifestaciones literarias, y que Marx, lejos de ser su fundador, figura dentro de la corriente cuyo manantial está más lejano. Con absoluta independencia de él expuso el director del Archivo prusiano J. W. von Raumer una interpretación económica de la historia, que siendo menos unilateral y formalista que la de Marx y Engels, es, en su esencia, igualmente económica. Ya en el año 1837 observa que una transformación en las formas de la producción influencia las relaciones sociales. También Justo Möser y Niebuhr aluden a la dependencia existente entre la organización económica, la política y la social. La literatura pertinente a la historia de la economía anterior a Marx, tiene varios puntos de partida. La mayor

parte de ella está representada por la historiografía, más o menos relacionada con el romanticismo. El año 1847 no representa en la historia de la investigación económico-histórica ningún cambio radical. Desde finales del siglo XVIII se propaga despacio, pero continuamente: cumbres señeras representan, acaso, los trabajos de Niebuhr y Böckh. Si se quiere establecer una fecha característica en la historiografía de las relaciones económicas-sociales, caracterizada por un súbito incremento de su literatura, no se podría elegir el año 1847 con Marx, sino el 1879, en el que inaugura Bismarck su nueva política mercantilista⁸.

Así como Marx encontró estudiado con anterioridad a él en la literatura el factor económico, utiliza también la diferenciación establecida por Lorenzo von Stein entre sociedad y Estado, con la única diferencia de que él la somete a una inversión pesimista. Mientras parte Stein de la soberanía del Estado situado encima y fuera de las clases, reconociéndole la misión y la facultad de restablecer la armonía sin hacer desaparecer su diversidad, Marx no descubre en el Estado sino un mero instrumento de la burguesía dominadora, creado exclusivamente para oprimir al proletariado, y encuentra como objetivo del desarrollo la emancipación de la sociedad del yugo del Estado. Si el Estado fuera, como se ha dicho, el principal y más distinguido objeto de la sociología, la doctrina sociológica marxista, al declarar el Estado sustituible, acreditaría su incompreensión ante *el principal y más distinguido objeto de la sociología*.¹

A la lucha de clases se había ya referido Saint Simon. Marx prolonga esta parte de aquel sistema a través de Lorenzo von Stein, mientras que la otra, la interpretación de las relaciones sociales con arreglo a la fórmula naturalista, había sido ya elaborada por Comte. lo que al marxismo le sirve para incorporarlo a su doctrina.

8 Referencia a numerosos estudios de carácter histórico-económico con anterioridad a Marx, puede encontrarse en mi monografía *La literatura histórico-económica alemana y el origen del marxismo*, apéndice de mi *Historiografía*, etc. 2.^a ed., págs. 161 y siguientes. Ofrece también material abundante W. Roscher en su *Historia de la Economía nacional*, págs. 612 y siguientes. Sobre la explosión literaria en torno a 1879, ver mi *Estado alemán de la Edad media*, págs. 75 y siguientes.

Comte encontró un poderoso adepto de todo su sistema en el inglés Spencer, cuya primera obra digna de ser citada —que contiene en esencia toda su doctrina—, aparece en 1851⁹. Spencer cuenta con una formación naturalista fundamental y un conocimiento perfecto de las nuevas investigaciones biológicas. Sin embargo, en tan débil medida le proporciona esto una superioridad frente a Comte en la fundamentación de los hechos sociales, que en varios extremos se le podía imputar una recaída en el comtismo. Carece en absoluto de comprensión ante el carácter espiritual de la sociedad; construye una sociología absolutamente naturalista; sobrepasa aún a Comte en la interpretación radicalmente individualista de los fenómenos sociales. Cuando se le ensalza como promotor de la teoría organicista, no por eso el organismo de la sociedad que él preconiza deja de ser lo menos espiritual que puede pensarse. El pensamiento romántico referente a este organismo llegó a ser fructífero en cuanto la sociedad fué concebida gracias a él como un organismo espiritual. La explicación biológica del organismo social propia de Spencer, entenebrece y desencaja la imagen real de estas relaciones por considerarlas unilateralmente entre analogías biológicas. Del mismo mal padece su doctrina del proceso de diferenciación que anota como propia del progreso de la sociedad.

Si no hacemos ningún elogio de Spencer al observar en él un individualismo aún más parcial que el de Comte, tenemos que ver en el intelectualismo unilateral de ambos un defecto común.

Spencer ofrece un ejemplo clásico de la facilidad con que se puede hacer compatible la pretendida “exactitud” absoluta que depara el estudio sobre el patrón de las ciencias naturales de las relaciones sociales con tendencias políticoprácticas manifiestas. ¿Que pretende ser la *Social Statics* de Spencer? La doctrina del equilibrio social es para él la doctrina de la justicia. Nos estremece escuchar que la justicia en los problemas sociales tenga que representarse con arreglo a analogías biológicas y naturalistas. En su política práctica Spencer es un manchesteriano, partidario del liberalismo político y económico, de la doctrina li-

9 *Social Statics*.

brecambista movilizada en Inglaterra durante cierto tiempo para someter al continente. "Spencer —piensa Gothein¹⁰— se engaña en cuanto predetermina lo que aspira a conocer, su objetivo: quiere, en efecto, encontrar en todas partes las normas racionales de individualismo consuetudinario inglés... Se le antoja ver un prejuicio en todo lo que se opone a los patrones del individualismo liberal."

Mediante la consecuencia con que Spencer representa su naturalismo, ejerce una influencia benéfica y desilusionadora frente a los encomios de la sociología naturalista. "No existe en Spencer —observa P. Barth¹¹— política alguna práctica, ya que el Estado, la forma más consolidada de la voluntad social, no puede nunca fomentar algo mediante intromisiones, sino sólo contener... Y del mismo modo no hay tampoco en Spencer ninguna ética práctica." Es bueno, por tanto, sólo lo "natural". La escasez de sentido histórico en Spencer, la falta de comprensión por la coherencia de las épocas culturales —un factor sociológico tan importante— aparece en esta frase: "Si no hubieran existido Grecia y Roma estaríamos con nuestro tipo de vida exactamente donde estamos hoy¹²."

El partidario más capacitado de Comte en Francia es el historiador Hipólito Taine, adepto incondicional de Spencer también. Quiere ser comtista puro, positivista y empírico, incluso naturalista. Pertenece a aquel tipo de hombres cuyos méritos residen en lo que es ajeno a su sistema, es decir, que están en contradicción con ellos mismos. Ocurre con él como con Zola, que pretende darnos la vida de las cosas fotográficamente y cuya capacidad poética, sin embargo, consiste en incorporar, mediante su fantasía y sus producciones artísticas, una gran cantidad de elementos personales. "Los últimos retoños de la interpretación mecánica de la historia —escribió hace tiempo un filósofo—¹³ han repetido en nuestros días los intentos de Comte y de Taine para estudiar la historia de una manera anti-

10 *Zeitschrift für Sozialwissenschaft.*

11 *Zeitschrift für Sozialwissenschaft.* 1904, pág. 459.

12 Cfr. P. Barth: *La filosofía de la historia como sociología*, I, ediciones 3.^a y 4.^a, pág. 338.

13 Pablo Hensel, *Historische Zeitschrift*, 76, pág. 456.

histórica. A Taine le ha sido posible lograr un triunfo pasajero en la medida en que, gracias a su abundancia de representaciones históricas, consiguió dar cierta apariencia de vida al abstracto esqueleto lógico de su teoría." Sus "Orígenes de la Francia contemporánea" tienen valor, ya que en vez de elevar hasta lo sublime la revolución francesa, como allí se hace de ordinario, muestra sus injusticias, sus horrores y sus miserias, ofreciendo su tesis con una extraordinaria documentación y un gran arte descriptivo. Su método "exacto" naturalista no ofrece garantía alguna de certeza, viéndonos obligados a contrastar el material reunido por él con la crítica elaborada para la interpretación de los fenómenos espirituales de la sociedad. Cuando describe la historia francesa de aquellos períodos como una gran enfermedad histórica, parte del supuesto no probado de que el concepto de una enfermedad tenga aplicación, en lo necesario de su curso, a las relaciones sociales de la historia.

Taine, en la introducción a su *Historia de la literatura inglesa*, comienza observando que se ha descubierto como toda obra literaria no es producto de simples juegos imaginativos, del humor aislado de una cabeza en ebullición. El descubrimiento es cierto, pero de los románticos. Taine, con esta verdad, no dice nada nuevo; si acaso sólo para Francia, donde las ciencias no se vieron renovadas en igual medida que en Alemania por el movimiento romántico, y aun admitiendo que fuese conveniente formular de nuevo esta antigua verdad, en todo caso, no sería adecuado ni favorable combatir aquel aislamiento sirviéndose del naturalismo y su creencia en una evolución normativa y acabada. Con ello cayó Taine, casi podría decirse, en el vicio opuesto.

Taine se empeña en explicar por tres *forces primordiales* las personas individuales y las obras literarias, a saber: *la race, le milieu et le moment*. Un investigador orientado hacia la legítima historia podría sentirse inclinado a aceptar esta fórmula, dándole un sentido personal. Tendría en cuenta en *le moment* el número ilimitado de impresiones, reacciones, decisiones y relaciones coordinadas bajo las cuales se realiza la serie de actos que dan nacimiento a una obra literaria; rehusaría, sin embargo, en todo caso "explicar" con ello el fenómeno his-

tórico, por saber que entre la excitación y el acto median cosas que excluyen una mera "explicación". Vería más bien su oficio en comprender el fenómeno histórico como repleto de sentido y en esta medida hacerlo explicable. Esto no nos daría, sin embargo, idea del propósito y del programa de Taine, que se representa *le moment* mucho más angosto, como la diferencia cronológica del tiempo a estudiar, descubriendo en los tres factores suficientes causas explicativas.

Las obras de Taine se corresponden con los años del siglo XIX que median entre el 60 y el 70, y hubo en Alemania partidarios de su sistema, que fueron algunos amigos de su historia de la literatura poética, pero no historiadores de la política. El que contó en Alemania con triunfos ganados para el coñitismo fué el inglés Buckle por su *Historia de la civilización en Inglaterra*¹⁴. Siguiendo a Comte, a quien populariza, presenta como tema de los historiadores el conseguir para la historia de la humanidad lo que otros investigadores han alcanzado en las ciencias naturales: los procesos del mundo humano han de ser sometidos a un estudio análogo a los del mundo físico, para lograrlo recomienda el método estadístico. De nuevo tenemos aquí un ejemplo de fusión entre el pretendido estudio "exacto" de las relaciones sociales sirviéndose del naturalismo, con una tendencia políticopráctica. Buckle es el historiador del partido de Mánchester. Es sorprendente cómo maestros alemanes de gran superioridad intelectual y de gran formación metodológica, Scherer, historiador de la literatura, y Erdmannsdörffer —este durante algún tiempo— han estado bajo su influencia, aventajándole en mucho. La impresión que causa lo coherente de su sistema —piénsese, como ejemplo, en la mencionada sumisión de Bluntschli bajo Rohmer— y, sobre esto, el bajo nivel de la filosofía en aquel tiempo, para la que se formulaban tan moderadas pretensiones, explicarían que un Buckle alcanzase autoridad. En la mayoría de los casos, tanto su influencia como la de Comte en Alemania, se limitó a suscitar réplicas. Una, muy brillante, tuvo el sistema en J. G. Droysen con su monografía *La promoción de la Historia al rango de*

14 Edición inglesa, 1857-1861; alemana, 1860-1861.

ciencia, que es una refutación cimentada y eficiente de todo intento de someter las relaciones sociales al método de los naturalistas.

No obstante haberse rechazado a Comte, puede hablarse de una época positivista en Alemania. No se manifiesta en los casos contados de una sumisión consciente de los estudios sociales a los métodos e interpretaciones de las ciencias naturales, ni siquiera en el predominio de un empirismo completamente sistemático, tanto como en un empirismo práctico, en un menosprecio pragmático de las correlaciones más profundas, en el desvío sentido por toda especulación filosófica. Bajo la influencia de este positivismo experimentaron un cierto embastecimiento las concepciones del romanticismo y las aportadas por la filosofía idealista, y resurgieron en parte algunas tendencias, de las más toscas de la Enciclopedia, relacionadas con él.

En pocas palabras puede compendiarse lo antedicho. Hay dos grandes antagonismos dentro del pensamiento sociológico, representados por la interpretación naturalista y por la idealista. El pensamiento sociológico cuenta con un unánime reconocimiento de su postulado fundamental, esto es, que los fenómenos sociales tienen que ser siempre estudiados en su íntima coherencia. El litigio aparece en torno al problema de saber si esta coherencia tiene que ser interpretada con acuerdo o con independencia del naturalismo. Los frutos de la investigación sociológica son manifiestos cuando se deben a la labor de los representantes de una ciencia ya formada de antemano dentro del cuadro clásico de ellas. En cambio la sociología como ciencia propia e independiente, sólo se ha formado dentro de la interpretación naturalista, con los escritos de Comte, Spencer y sus partidarios; así como una interpretación idealista tiene lugar en el campo de las ciencias anteriormente conocidas. Ya hemos expresado nuestra convicción, por otra parte, de que sólo éstas pueden dar una expresión verídica de los hechos sociales. Prescindimos de describir en sus detalles el proceso.

La situación en los tiempos posteriores continuó siendo la misma. La escuela de Comte y de Spencer tuvo numerosos partidarios, especialmente en Francia, Inglaterra y América. La dirección spenceriana ha sido denominada "orgánica"; hay

que distinguir, sin embargo, entre el uso que éstas hacen de la comparación de la sociedad con su organismo y el propio de la dirección romántica. Para éstos, la comparación es sólo alé-górica; para aquéllos, la concordancia entre el proceso biológico y el social tiene un sentido causal. Una singularidad de los par-tidarios de Comte y Spencer delata el hecho de que expliquen la evolución social derivándola de un único principio; en este sentido ha podido hablarse de la imitación. Basta con observar que un solo principio de esta naturaleza no puede ser bastante elocuente ni explicativo. Siguiendo el rastro de Spencer en Alemania han publicado grandes sistemas naturalistas de la ciencia social P. v. Lilienfeld, Schäffle¹⁵, y Ratzenhofer. Los del primero y el tercero, meros aficionados, sin fruto alguno. La obra de Schäffle, un economista de gran interés político, merece atención en cuanto sirve para darnos a conocer las ideas po-líticas y económicas de su autor, aunque no ofrezca una funda-mentación científica de las mismas ni pueda ofrecerla la in-sistencia constante de la comparación entre la sociedad y el or-ganismo, de que el autor no prescinde. Es significativo que el mismo autor en un libro póstumo¹⁶ manifiestamente combate la teoría naturalista que en aquélla ofrecía. La prueba más palma-ria de la invalidez de las fórmulas naturalistas aplicadas a la ciencia social la ofrece el hecho de que los mismos principios de la teoría de Darwin se han alegado en pro y en contra del mar-xismo, en pro y en contra de la democracia y de la aristocracia.

Tampoco faltó el ensayo durante la época del positivismo de dar acceso a la interpretación naturalista en el reino de las ciencias culturales. Conocidas de todos son la teoría de Lombro-so y la escuela sociológica del derecho penal con ella relaciona-da; ambas muestran la inclinación a encauzar el derecho en la corriente genérica de la evolución social, despojándole de su ca-rácter específico. Frente a ellas se ha hecho valer el preciso re-conocimiento de las relaciones mutuas entre el derecho, la eco-nomía y otros aspectos de la cultura sin despojar al primero de su autonomía. Entre la doctrina que ve en la sociedad un fenóme-

15 *Estructura y vida del cuerpo social.*

16 *Sociología*, 1906.

no natural y la que descubre en ella una totalidad espiritual está la diferencia en que aquélla hace perecer al individuo en el conjunto, mientras que ésta, gracias al pleno reconocimiento de la reciprocidad entre el individuo y la totalidad, respeta el valor de la personalidad.

La invasión del naturalismo en la Historia la representa la teoría de Carlos Lamprecht. Frente a ella, como frente a la escuela sociológica criminal, se ha insistido en que tienen que ser tenidas en cuenta todas las relaciones de un fenómeno social individual con el todo social, sin necesidad de que absorba éste a aquél. Hacer regir como exclusiva manifestación del pensamiento sociológico la de tipo naturalista equivale a desacreditarlo.

Los representantes de las ciencias particulares clásicas que se representan a la sociedad como un mundo espiritual se han ejercitado sin interrupción con el pensamiento sociológico en su forma tradicional; dos de ellos, los historiadores del derecho Guillermo Arnold¹⁷ y Oton von Gierke¹⁸, publicaron programas sociológicos en los que se revela eficiente la interpretación idealista. El *Deutsches Genossenschaftsrecht*, de Gierke¹⁹, bien puede considerarse una cantera inagotable de investigaciones sociológicas.

El resultado de lo antedicho podría concretarse en estas conclusiones: 1.ª, que la sociología naturalista ha fracasado en absoluto, ya que los fenómenos sociales sólo pueden investigarse acertadamente mediante un estudio de la sociedad que se apoye en su esencia espiritual; y 2.ª, que ya las ciencias culturales mantuvieron elevado el nivel de la investigación sociológica entendida en el sentido últimamente indicado. Sin embargo, desde hace tiempo —a partir de Comte— se aspira a hacer de la sociología una ciencia propiamente dicha. Desde el punto de vista del naturalismo, la pretensión es comprensible; se aspira a incorporar a las ciencias de la naturaleza clásicas una nueva ciencia de la sociedad. Mas es el caso que no pocos representantes de

17 Sus escritos de los años 1863-68, especialmente sobre las relaciones entre el derecho y la economía.

18 *La esencia de las asociaciones humanas*, 1902.

19 1868-1913.

las ciencias del espíritu postulan también una ciencia especial de la sociología (ciencia de la sociedad). La dificultad estriba en el hecho de ser la sociedad un tema demasiado extenso para que pueda dominarlo una ciencia particular. Desde luego, aspira cada investigador a ofrecer una visión coherente de las relaciones sociales y por lo mismo no tiene sentido asignar los problemas completos de la sociedad a una nueva disciplina. La noción que llega a tenerse de estas relaciones equivale a una filosofía de la cultura, labor propia de cada investigador dentro de su ciencia. Como toda filosofía, es esta un asunto propio de los especialistas y de los filósofos; por tanto, tema de las ciencias del espíritu y de la filosofía. Nuestro programa consiste no en la creación de una nueva disciplina sino en el trabajo sistemático de las clásicas.

Reconociendo el hecho de que el campo íntegro de los problemas sociológicos es demasiado extenso para una ciencia particular, se ha limitado la pretensión a reducir la sociología, en cuanto ciencia, al estudio de las *formas* de la sociedad. Como representantes de este criterio y autores de sistemas de sociología (ciencia de la sociedad) de este tipo, hay que citar en primer término a Simmel, Vierkandt y Leopoldo v. Wiese. Contra semejante hipótesis hay que enunciar el reparo de que las formas de los fenómenos sociales no le dejan separar del contenido de los mismos, lo que además se vislumbra ya en sus obras.

Tenemos, por tanto, que renunciar a construir una ciencia especial llamada sociología por la razón antedicha: la enorme magnitud del asunto. Existe, en cambio, concordancia sobre el reconocimiento de un método sociológico —el que mencionamos al enunciar los méritos del romanticismo—, procedimiento propio de la investigación sociológica, que partiendo de lo individual se elevaba a lo colectivo. Este método unitario también nosotros lo reconocemos; es más: la sociología es, en primer lugar, como principio científico, un método. Con este objetivo del método sociológico corresponde, además, llegar al conocimiento de las relaciones que median entre el concepto de lo colectivo y lo individual; dicho de otro modo: el método sociológico tiene la misión de formar conceptos sociales, el concepto de la comunidad. En la clarificación de este aspecto del método socioló-

gico es meritísima la labor de un economista, Max Weber, en cuanto ha desarrollado la doctrina de los tipos ideales o conceptos de la vida colectiva. También Simmel, Vierkandt y L. v. Wiese han tenido aciertos en el asunto.

Si rechazamos a la sociología, en cuanto ciencia particular, no podemos por ello prohibir a ningún investigador que emprenda la tarea de sintetizar lo que los especialistas han llegado a comprobar sobre el conjunto de las relaciones sociales. Desde luego que su intento tendrá que ser siempre fraccionario, ya que la materia no puede abarcarla un solo científico. En todo caso, tales intentos han de ser beneficiosos siempre que se emprendan con la seriedad precisa. La pericia indispensable sólo puede llevarla consigo el científico que se haya consagrado a su ciencia; de aquí que el mayor daño imputable a los estudios sociológicos se deba a que sus autores hayan tomado la palabra sin tener con anterioridad mostrada su suficiencia en campo alguno científico.

Un intento muy estimable para lograr una exposición sistemática de los rendimientos generales de la ciencia dirigida al estudio de las relaciones sociales ha emprendido el economista vienés Othmar Spann en su *Ciencia Social*²⁹. El mismo autor reconoce la naturaleza de los límites que cercan el campo de su trabajo. Su libro aventaja a los sistemas naturalistas de sociología que creen poder dominar la masa ilimitada de los fenómenos sociales, sirviéndose de algunas fórmulas naturalistas. Hace sobre todo Spann, un examen metodológico filosófico de los problemas fundamentales de las ciencias sociales.

Con anterioridad se ha hecho mención de la huella que en las investigaciones había dejado el positivismo de la época. En los tres decenios últimos ha tenido lugar una considerable exaltación del idealismo frente al naturalismo y al positivismo. Vuelven de nuevo a un primer plano los intereses filosóficos y con ello se renuevan la filosofía idealista y el romanticismo. A ellos se torna en todas las ciencias del espíritu. Una obra rec-

²⁹ Segunda ed., 1923. Las aludidas obras de Simmel, Vierkandt y L. v. Wiese no aspiran, como se ha dicho, a ofrecer una ciencia completa de la sociedad, sino que se limitan al estudio de las formas de la sociedad misma.

tora en esta dirección, dentro de las ciencias jurídicas, es la del profesor de Gotinga Julio Binder ²¹. Dentro de la economía política, con especial predilección por los estudios sociales, el caudillo de la filosofía idealista, contra el naturalismo y el positivismo, es Othmar Spann. Así como su ciencia social es un sistema, su *Ciencia muerta y viva* ²², es el programa de su interpretación, mientras que su artículo "Sociología" ²³, contiene un conciso resumen de la sociología idealista.

Al comienzo de este escrito describíamos cómo el romanticismo conoció la esencia del problema sociológico, esto es, la relación del individuo y su comunidad, más acertada y más profundamente que Comte; así también en nuestros días la renovación de la corriente romántica ha conducido a que aquel problema esencial se ataque con mayor energía y mejores resultados. Sirva, ante todo, de ejemplo el libro del filósofo de Leipzig Teodoro Litt ²⁴. En mi crítica de este libro, publicada en la revista *Logos* ²⁵, he expuesto cómo Litt ha superado con su manera de tratar el problema todos los intentos anteriores, pero sin salir del cuadro de la vieja concepción romántica, aunque perfeccionando algunos extremos en la resolución del mismo.

J. VON BELOW.

(Trad. de Ramón Carande.)

²¹ *Filosofía del Derecho*, 1925.

²² Segunda ed., 1925.

²³ En el *Diccionario de ciencias del Estado*, 4.^a ed.

²⁴ *Individuo y comunidad*, 2.^a ed., 1924.

²⁵ Año 1926.